PALABRAS DE AGRADECIMIENTO

Carlos Corredor Pereira

Primero que todo, quiero agradecer a quienes generosamente me postularon para recibir este reconocimiento que confiere por sexta vez la Asociación de Instituciones de Educación Superior de Antioquia - ASIESDA y la Agencia de Educación Superior de Medellín – SAPIENCIA, a un servidor de la Educación Superior en Colombia. Son ellos quienes al postularme, me han hecho el honor más grande que pueda recibir un profesor universitario, honor que el jurado nombrado por ASIESDA Y SAPIENCIA ha decidido concederme. Al jurado y a ASIESDA le estaré para siempre agradecido.

Me encanta de verdad que el reconocimiento sea a un servidor meritorio, no a un profesor o directivo, porque el verdadero fin del hombre en la tierra es servirle a la sociedad. No hay prez mayor, como ya lo intuía Bolívar, que el reconocimiento al servidor público. Y el docente es, ante todo, un servidor público independientemente de si está vinculado a una institución pública o privada. Pero, más aún, si el servicio se ha hecho a través de la Educación Superior, que es educar en lo superior y para lo superior como la calificaba el P. Alfonso Borrero. Porque Educación Superior no es simplemente la última etapa del sistema educativo formal: esa etapa se llama educación post secundaria. Educación superior es la que se hace desde lo más alto del pensamiento, basada en el conocimiento profundo de la naturaleza humana y del mundo físico que nos rodea para la formación con calidad de nuestros estudiantes que lleve a nuestros egresados a prestar el mejor servicio posible a la sociedad, desde el lugar que les corresponda.

Educación viene del latín, ex ducere, guiar desde un lugar. La labor del educador, en cualquiera de sus niveles, es la de guía. Pero para ser guía, debe ser maestro. El término magister, que del latín pasó al castellano como maestro, se le confiere a quien domina un arte, un oficio, una profesión, como cuando uno habla de maestro de obra, o se refiere al pintor consagrado o al director de una orquesta, y quien, precisamente por dominar su arte u oficio o profesión, puede guiar a sus alumnos para que se conviertan como él, en maestros. Este es un título que se gana con la práctica: no es un título que se obtiene en una institución educativa.

Quienes me postularon para esta distinción han sido alumnos míos y por eso, siento que son ellos los que me han concedido el título de maestro, mientras que el jurado me ha honrado con el de servidor meritorio en la Educación Superior. ¡Qué combinación tan maravillosa!

Y quizás, por eso, me permiten hacer un par de reflexiones que quiero compartir con Uds.

La primera, la educación superior no se reduce a tener unas carreras que satisfagan los prejuicios de unos pares, unos registros calificados y unas acreditaciones institucionales y de programas. Estos son aspectos notariales

necesarios, pero no van más allá de ser actos públicos por los cuales el Estado reconoce una característica que se supone es de calidad. ¡Sin que se haya definido qué es calidad! Porque en una palabra, calidad es cumplir totalmente con propósitos y metas predefinidos. Para ser de calidad, la educación superior tiene que ir mucho más allá: la educación superior es una búsqueda constante de la excelencia, no una copia de sistemas extranjeros mal adaptados a nuestra cultura y a nuestra tradición. No es una repetición de textos extranjeros traducidos bien o mal al castellano y adoptados sin siquiera adaptación a nuestro medio por algunos profesores universitarios. Es una investigación constante en mejores formas de avanzar el conocimiento en las disciplinas básicas desde nuestro trópico para reconocer nuestro medio ambiente y defenderlo y aprovecharlo sosteniblemente; de conocer a nuestra población desde un estudio concienzudo de los condicionantes históricos, religiosos, geográficos, económicos, políticos y culturales que han conformado la nacionalidad colombiana y los aportes de cada una de las etnias que se fundieron en una para dar como resultado al hombre y mujer colombianos; para reconocer y comprender las necesidades de una sociedad de regiones con condiciones, y riquezas pero también afugias, diferentes unas de otras que requieren respuesta desde las instituciones de educación superior para que los recursos necesarios para resolverlas no estén sometidas a la voracidad de los políticos de turno. En síntesis, la razón de ser de la educación superior es proveer a la sociedad de personas profundamente conocedoras de las disciplinas de las ciencias básicas, sociales y humanas sobre las que se cimente como sobre pétreo fundamento un conocimiento y una práctica profesional actualizada, pertinente para nuestro medio, para nuestra región y para nuestros conciudadanos.

La Educación Superior no puede resolver los grandes males que aquejan al país heredados de siglos de historia y producto de la inequidad y la pobreza. Pero sí puede, a través de la investigación, proveer luces y trazar caminos para salir de nuestros males endémicos, como salieron países como España y los tigres asiáticos con quienes compartimos hasta hace menos de medio siglo la inequidad, la pobreza y el subdesarrollo y que tomaron a tiempo la decisión política de producir su propio conocimiento y a través de él lograr la emancipación económica de sus ciudadanos.

Yo quiero invitar a este auditorio a que busquemos juntos una educación superior de calidad, basada en la investigación y no en la repetición de textos foráneos. Una educación superior que como lo ha hecho la CIB aquí en Medellín produzca sus propios textos, de autores investigadores colombianos, que hoy son usados en las facultades de medicina no sólo de Colombia sino de otros países latinoamericanos. Que nos demos cuenta que lo profesional se adquiere realmente en y con la práctica, mientras que lo disciplinar se adquiere en la Universidad y que puede haber tantas carreras como profesionales, cada uno de los cuales labrará su propio futuro. Esto implica romper moldes que nos dejó la universidad napoleónica y que desafortunadamente son celosamente guardados por quienes tienen a su cargo la notarización de nuestros programas. Creo que tenemos que aprender de quienes exploran nuevos mundos, nuevas formas de hacer las cosas, nuevas maneras de abocar y superar problemas. Esta es la educación superior que Colombia necesita y

que no tiene hoy: una educación superior en la que al profesor se le contrate para pensar, investigar, producir conocimiento nuevo y no para dictar unas clases en una asignatura con contenidos prefabicados; una educación superior con más carreras de posgrado a nivel doctoral basadas en la investigación profunda y un Estado que garantice económicamente la viabilidad de ese tipo de universidad que es, posiblemente, la única esperanza que nos queda de superar nuestros problemas y vivir en una sociedad egalitaria y en paz.

Muchas gracias a las universidades que me han dado la oportunidad de servir: la del Valle, la Javeriana, la San Buenaventura, el Colegio Mayor de Antioquia y actualmente, la Simón Bolívar.

No puedo terminar sin antes agradecer a mi esposa, Cristina, y a mis hijos quienes han soportado mi trabajo y mi dedicación a esta maravillosa empresa que es la Educación Superior a cuyo servicio he estado desde un lejano 1962 cuando llegué como profesor novato a la Universidad del Valle.

Y muchas gracias a todos Uds. por acompañarme y compartir conmigo estas reflexiones.

Medellín, Octubre 23 de 2013